

MAILER, Norman, 2012: *Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura*, Barcelona, Backlist, 431 páginas.

Siempre es una grata noticia un nuevo libro de Mailer, aunque se trate de una reedición del original publicado por Emecé en 2008 y aunque, en principio, trate de escritura en general y no de periodismo. Pero es preciso subrayar lo de “en principio” porque siempre es difícil separar escritura y prensa, y en este caso más tratándose de uno de los padres del Nuevo Periodismo (por mucho que hable preferentemente de ficción). Mailer además sí va a acabar hablando de periodismo, no del nuevo, ni del viejo, sino del de siempre y quizá para dejarlo en no muy buen lugar, pero eso ya lo veremos más adelante, no adelantemos acontecimientos y centrémonos de momento en esa idea según la cual todo es escritura; no en vano, otro de los padres del *New Journalism*, Tom Wolfe, decía recientemente que el futuro de la novela está en la no ficción.

Para empezar cabe destacar que Mailer, refractario a las etiquetas como todos los autores realmente innovadores, no usa apenas en todo el libro la expresión “Nuevo Periodismo”. Al referirse a “Los ejércitos de la noche”, su obra clásica en esta corriente, habla sencillamente, al igual que Wolfe, de “no ficción”. Y a otra de las *biblias* del movimiento, “A sangre fría”, de Capote, la tilda escuetamente de “documental”. Pero, mal que le pese al autor, este libro tiene otros asideros en el periodismo como es el hecho de que esté creado a partir de las opiniones de Mailer vertidas a lo largo de toda su carrera en aproximadamente ochocientos artículos, según nos explica el editor, Michael Lennon, al final del volumen. No todo es *refrito*, sin embargo (y aunque así fuera no perdería un ápice de interés ni de valor). De esos ochocientos artículos iniciales el propio autor seleccionó ciento noventa a los que se unieron varias decenas más escritos para la ocasión. También -otro asidero más a nuestro favor- se han utilizado entrevistas con Mailer como fuente documental de este libro. Dentro de éstas las hay inéditas y hay también fragmentos de foros sobre escritura.

Siendo esta una revista académica, no está de más señalar que Mailer no solo lanza puyas a la prensa sino también a la docencia. Aunque como disculpa deja caer que se trata de “una de las observaciones más crueles del idioma”, no desaprovecha la ocasión de recordarnos que “los que pueden, hacen; los que no pueden, enseñan” (p. 97). Bien es cierto que a continuación entona un digno *mea culpa* como corolario: “Los que conocen la experiencia, aprenden a vivir; los que no, escriben”. Triste papel, por tanto, nos queda a los profesores, que no podemos “hacer”. Y más triste aún en el caso de los que, además de profesores, nos dedicamos de una forma u otra a la escritura, o a la redacción, pues no solo no “hacemos” sino que además no hemos aprendido a “vivir”. Claro que la tristeza quizá no sea tanta si nos fijamos en que quienes sí han aprendido son los que se dedican a las profesiones de: “...atleta, ejecutivo, político, ingeniero, dirigente sindicalista, cirujano, piloto de aerolínea, campeón de ajedrez, prostituta, capitán de mar, maestro, burócrata, mafioso, proxeneta reincidente, físico, rabí, estrella de cine, clérigo, o sacerdote o monja...” Nótese que en esta amplia panoplia de quehaceres está el de “maestro” por lo que nuestro triste destino se vuelve en parte a aliviar.

Pero etiquetas y profesiones al margen, y centrándonos en el meollo de la cuestión, es indudable que lo que expone Mailer para la ficción puede ser útil para el periodismo y viceversa, teniendo en cuenta además que la innovación que supuso en los sesenta el nuevo estilo se basaba en una aplicación a la realidad de las técnicas de la novela. Si en aquellos años el autor era inconformista con el periodismo tradicional ahora va a ser inconformista con su propio inconformismo. Y no se trata solo de no querer verse “etiquetado”. Hay además en su actitud una modestia parecida a la que mostraban Woodward y Bernstein cuando afirmaban que el *Watergate* no era periodismo de investigación, sino periodismo sin más. Parece decirnos Mailer que la innovación que supuso el Nuevo Periodismo no es nada si no sigue evolucionando. Y lo mismo es aplicable al periodismo de investigación, que “nos ha llevado a las entrañas de la máquina, sólo que no realmente, no lo suficiente” (p. 98). Esa carencia se traduce más concretamente en falta de amplitud, ya que el nuevo periodismo (en una de las contadísimas ocasiones en que habla de él, eso sí, con minúsculas) “tiende a descansar sobre una base ideológica demasiado estrecha”. El fracaso de la “información suficiente” no es ni más ni menos, desde este punto de vista, que el fracaso de la “buena información literaria”. Hurgando más en la carencia, junto a la estrechez de miras del periodismo el autor se refiere también a la rutina, que acrecienta nuestra incapacidad para abarcarlo todo. “Como novelista -afirma- quiero conocer todos los mundos” (p. 99).

La diferencia entre redacción y escritura (o entre periodismo y ficción), según esto, ya no es solo cualitativa, sino también cuantitativa desde un punto de vista temático. Con todo, la literatura tampoco vive en este siglo XXI su mejor momento. Para Mailer la influencia que en su día tuvieron Shakespeare, Joyce o Yeats, es la que ahora ejerce Madonna. (Por suerte para él, murió en 2007, antes del advenimiento de Lady Gaga). Pero hay además para este autor otra diferencia a favor de la ficción y es que necesita menos tiempo de preparación, si atendemos a los años que lleva una investigación de no ficción hecha a conciencia. Otra diferencia más -y volvemos a las puyas- tiene que ver con un perjuicio de carácter socio-psicológico que según él ha ejercido el periodismo en las últimas décadas: “En siglos futuros, la inteligencia moral de otra época puede contemplar horrorizada la historia implantada en la gente del siglo XX por medio de la prensa. Una consecuencia ha sido una insensibilización del cerebro colectivo” (p. 250). Otra es “la deformación activa de la conciencia de cualquier líder cuyas acciones estén sistemáticamente en los diarios...” Este líder tiene que haber aprendido a no ser “demasiado interesante”, dado “que sus ideas serán después tergiversadas”. Y cuando haya aprendido a acoplarse a las limitaciones del periodista “nunca volverá a tener un pensamiento serio”.

Particularmente interesante en cuanto a la técnica que puede diferenciar la redacción de la escritura resulta la observación de que “no se supone que el mundo deba ser reensamblado en paneles de palabras prefabricadas” (*Ibid.*). Contar los hechos, reales o ficticios, con las propias palabras es lo que se llama “estilo”, algo, por supuesto, reconocible en cualquier autor y desde luego útil para Mailer cuando irrumpió en el mundo del periodismo siendo ya un novelista. La suya no era solo una obsesión formal. Había algo también cercano a la “integridad” en su interés por un estilo propio.

Así, dando la vuelta a la afirmación de Wolfe, llega a decir que en aquel tiempo “pensaba que la ficción podía acercarnos más a la verdad que el periodismo” (p. 251). Y no se trataba de una falta de respeto a los hechos. ¡Faltaría más! En su caso pretendía ser tan escrupuloso en la literatura como en el periodismo. La diferencia –dice– “estaba en otra parte”. En concreto, en la confrontación que se puede trazar entre el periodista como escritor cartesiano y el literato como escritor cercano al mundo de Einstein. El resultado, volviendo al triste destino, es que “el resplandor del flash del periodista es mejor para registrar las víctimas de un choque automovilístico. Pero para poco más” (p. 252). Desde sus comienzos sesenteros hasta la era digital el mundo del periodismo ha cambiado, por supuesto: hay más silencio, huele menos a tabaco y a sobaco y los periodistas visten mejor, nos dice irónico Mailer. Pero “la muerte interna del alma sigue con nosotros”. En otra analogía mordaz, de los tres tipos de inteligencia que existen –“humana, animal y militar”– pasa a los tres tipos de escritores –“novelistas, poetas y periodistas”. Imaginen cuál nos toca. Aunque no hace falta; el propio Mailer nos lo dice: “los periodistas tienden a ser cabezotas, objetivos y poco imaginativos” (p. 253). El segundo rasgo, el de la objetividad, siempre ha sido una virtud, desde luego. Pero deja de serlo si lo vemos desde la óptica del siguiente ejemplo: El periodista es aquel que dice de alguien que “ganó mucho dinero”; el novelista, quien añade que ese dinero lo ganó “cavando a través de la tumba de la abuela para buscar petróleo”. No es ejemplo literal, naturalmente. Pero quizá refleje que para transmitir la realidad no bastan solo los hechos, ni siquiera los que estén interpretados, o sobre los que se haya opinado. La diferencia quizá radique en una cuestión –apostilla Mailer– de “ética y/o cultura”.

Pedro PANIAGUA SANTAMARÍA
Universidad Complutense de Madrid